

«Danos hoy nuestro pan» (reflexión teológica sobre la oración de petición)

MARTÍN GELABERT

INTRODUCCIÓN

La respuesta a la provocativa pregunta que encabeza y unifica este número de Síntesis, a saber: "¿es cristiano pedir a Dios la lluvia?", debe ser necesariamente positiva si recordamos que Jesús mismo nos enseñó a orar con estas palabras: «*danos hoy nuestro pan de cada día*»¹, y que la lluvia -el agua- es un elemento esencial en la obtención del pan, siendo ambos -el pan y el agua- los elementos básicos que sostienen la vida del hombre (cf. *Is* 3,1; *Lc* 12,29), de modo que la pregunta sobre si es cristiano pedir a Dios la lluvia es una paráfrasis de la pregunta fundamental de si es cristiano pedir a Dios el sustento necesario para la vida.

De todos modos, es posible que esta no sea la pregunta más inquietante para muchos cristianos actuales, sobre todo si se consideran adultos e ilustrados. A estos cristianos quizás les resulte más acuciante la

¹Damos por supuesto que el sentido más obvio de la petición se refiere al sustento material, sin olvidar que la petición pudiera tener además otro sentido más espiritual. Los Padres han aplicado este texto al alimento de la fe, el pan de la palabra de Dios y el pan de la Eucaristía, de modo que una de las posibles traducciones podría ser: el pan de la vida eterna anticipápanoslo hoy. TOMAS DE AQUINO nota este doble sentido, aunque coloca en primer lugar el pan material, en *Pater Noster expositio*, cuarta petición. Por el contrario, ORIGENES colocaba el acento en el pan espiritual, traduciendo: "el pan nuestro sustancial dánoslo cada día" (*De oratione* XXVII, 1-17).

pregunta por las responsabilidades políticas y económicas de la falta de agua -o de pan-, ya que, como es bien sabido, esta falta se reduce a un problema técnico (trasvases, planes hidrológicos, plantas desalinizadoras, etc.) y social (despilfarros, cambio de hábitos, otra cultura del agua, etc.) y desde estas perspectivas las soluciones resultan posibles. ¿Para qué entonces pedir a Dios cuando en realidad a quien hay que exigir es a uno mismo y a los demás?

Ahora bien, si esta pregunta nos conduce a una oposición entre el recurso a Dios y el recurso a la técnica y al esfuerzo humano, desembocamos en una imagen que no tiene nada de cristiana: la de un Dios enfrentado al hombre y la de un hombre rival de Dios. Para los que creemos en la encarnación de Jesús no resulta posible esta oposición, pues allí se manifiesta de forma definitiva no sólo que Dios siempre cuenta con el hombre, sino que además actúa a través del hombre.

No es posible oponer la acción divina y la humana, ya que la gracia divina, lejos de anular nuestra responsabilidad, la supone y la suscita.

Precisamente en las fuentes de la fe encontramos el doble e inseparable momento que posteriormente San Benito sintetizó en su famoso «*ora et labora*». En efecto, el pan que cada día hay que pedir (*Mt* 6,11), también hay que procurárselo cada día, pues Dios nos lo da a través de nuestro trabajo y esfuerzo: «*si alguno no quiere trabajar que tampoco coma*» (*2 Tes* 3,10). Más aún, este pan se nos da para que a través nuestro otros puedan comer, ya que el pan que se nos da es «nuestro» (cf. *Mt* 6,11) y no sólo mío, de modo que el recurso a Dios no sólo supone el esfuerzo humano sino también nuestra responsabilidad de cara a los demás: a los que no tienen pan, nosotros tenemos que darles de comer, dice Jesús (*Mt* 14,16).

Se diría que la condición de la sinceridad de nuestra petición es el estar dispuestos a hacer por nosotros mismos aquello que solicitamos de la bondad de Dios. Esto que aparece de forma explícita en lo

referente al perdón que solicitamos de Dios, ligado según Jesús al perdón real y efectivo que ofrecemos a nuestros hermanos (*Mt* 6,12.14-15), se extiende también a los otros ámbitos de nuestra existencia. Pedir a Dios el pan, la paz o la justicia, y no trabajar por los mismos, es falsear la oración en su raíz más profunda, y ofrecer una imagen deformada de Dios: como tapa-agujeros o puro mecanismo mágico. Pero procurarse el pan olvidando que es don de Dios (*Ecl* 2,25) o trabajar por la paz y la justicia sin convertirlas en objeto constante de oración, es corromper el sentido de la acción cristiana, pues para el cristiano la preocupación por los demás es inseparable de la súplica por ellos (cf. *Ef* 6,18).

Aclarar que la oración es inseparable de la propia responsabilidad no resuelve la pregunta por la necesidad de la oración de petición. Al contrario, la hace, si cabe, más acuciante y paradójica. Pues la oración de petición presupone una determinada concepción del hombre, una determinada concepción de Dios y una manera de entender las relaciones entre ambos, o, lo que es lo mismo, la manera de situarse el hombre ante Dios. El problema de la oración nos remite a los interrogantes más profundos de nuestra vida: ¿quién soy yo?, ¿quién es Dios?, ¿qué relación tiene Dios con los hombres? Reflexionar sobre tales interrogantes nos ayudará a comprender mejor la oración de petición.

PEDIR ¿UNA POSTURA INDIGNA DEL HOMBRE?

Pedir, ¿no es propio de subordinados, una manifestación de dependencia y de vulnerabilidad? ¿No es, en suma, una actitud infantil? El niño llega de veras a su madurez cuando no depende de sus padres y puede situarse ante ellos en la libertad e independencia de quien no los necesita. Así puede manifestarse, además, el amor más auténtico, que no está ligado a la necesidad sino a la gratuidad. Tomás de Aquino notaba que la actitud dependiente impide el amor perfecto por el que

se ama al otro por sí mismo y no por lo que podemos sacarle.²

La estructura de la petición tiene también otras dimensiones más positivas. Tales dimensiones aparecen principalmente -aunque no únicamente- cuando el contenido de la petición no se refiere a intereses materiales, sino espirituales: al pedir perdón o paciencia o tiempo para que me escuchen, se manifiesta la mutua confianza entre quien pide y quien recibe la petición. En estas peticiones espirituales, al tiempo que manifiesto mi dependencia del otro, muestro mi confianza en él, confianza en ser aceptado, en ser querido en suma. Una confianza que se apoya, en último término, en el amor. El amor es lo que hace que pueda dirigirme al otro con confianza y solicitar su ayuda sin sentirme humillado. El amor es lo que hace que pueda manifestar mi debilidad -mi necesidad- sin sentirme juzgado, condenado o mal visto. En este sentido el pedir se relaciona con el amor y se convierte en el baremo que mide la mutua confianza y estima. ¿No hemos experimentado alguna vez que la amistad crece cuando nos hemos atrevido a pedir a un amigo algo que nos afectaba personalmente? Al contrario: las relaciones humanas disminuyen o se bloquean cuando ya no se solicita nada, cuando no se exponen deseos ni se hacen peticiones.

Pero aún hay más, pues la petición -el tener que pedir- manifiesta en última instancia la estructura profunda del ser humano y su carácter dependiente: «¿qué tienes que no lo hayas recibido?» (1 Co 4,7). Reconocer nuestra radical dependencia es condición de acceso a la verdad y, en consecuencia, a uno mismo y, en este sentido, es un acto humanamente salvífico. Pues la dependencia no está reñida, como tal vez pretendería hacer creer la mentalidad contemporánea, con la autonomía. Al contrario, es condición de la misma, pues yo no puedo disponer de mí mismo (autonomía) sin depender, de un modo u otro, de los demás. Es propio del ser humano tener que contar con otro

²*Suma de Teología*, II-II, 17,8.

para ser. El hombre no puede autofundarse. Pero además, una vez llegado a la existencia, mi maduración y desarrollo también están condicionados por una amplia y compleja red de dependencias. La personalidad humana no es sólo resultado de un proceso biológico, sino también de otro histórico-cultural. Así, el que mi vida dependa de otro, lejos de ser alienante y opresor, pudiera ser lo más humanizador y liberador. Así ocurre en la dependencia de Dios, pues ésta no se resuelve en una relación de señor a esclavo, sino en la de padre a hijo (*Rm* 8,15.21; *Gál* 4,3-7) o en la de amigo a amigo (*Jn* 15,15).

Lo dicho significa, en lo que a nuestro tema se refiere, que la oración de súplica no es la fórmula mágica para colmar nuestros límites, sino que se funda en nuestra realidad de criaturas -en nuestra condición de necesidad y pobreza radical-, siendo al mismo tiempo condición de acceso a la misma. Entonces la oración se convierte en el momento privilegiado en el que el hombre toma perfecta conciencia de sí mismo. Se descubre como criatura, como ser limitado, necesitado. La oración es el autodescubrimiento del hombre. En la oración uno descubre quién es, se coloca en su sitio y actualiza al máximo su propio ser³. De este modo podemos presentarnos ante Dios en la verdad, y dialogar con Él, no apoyándonos en nuestras propias fuerzas, sino en nuestra propia debilidad, lo que nos abre a la experiencia del amor de Dios en nosotros⁴. Sin duda esta fue la actitud que Jesús quiso inculcar a sus discípulos al asegurarles que *«el que no reciba el Reino de Dios como*

³Cf. M. GELABERT, *En el nombre del justo*, Paulinas, Madrid, 1987, 105. También TOMAS DE AQUINO, *Suma de Teología*, II-II, 83,2, ad 1: la oración es necesaria no para dar a conocer a Dios nuestras miserias, sino para convencernos a nosotros mismos de que debemos recurrir al auxilio divino.

⁴Así se expresa el *Catecismo de la Iglesia Católica*, en su n° 2629: *«Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios: por ser criaturas, no somos ni nuestro propio origen, ni dueños de nuestras adversidades, ni de nuestro fin último»*. También el n° 2559: *«¿Desde dónde hablamos cuando oramos? ¿Desde la altura de nuestro orgullo y de nuestra propia voluntad, o desde 'lo más profundo' (Sal 130,14) de un corazón humilde y contrito?»*

un niño no entrará en él» (Mc 10,15; Lc 18,17). Como un niño: no apoyándose en los méritos propios, como el fariseo (Lc 18,11-12), ni aferrándose a las propias riquezas, como el joven rico (Mc 10,22; Mt 19,22; Lc 18,23), sino con la confianza y espontaneidad de quien todo lo espera del Padre que le ama.

Orar resulta así algo muy humano. No nos bastamos a nosotros mismos, y el necesitar de los otros, y sobre todo de Dios, nos da la medida de nuestra humanidad. Esta es la postura del niño, que cuando pide algo a su padre en realidad le está diciendo: te necesito a ti (lo que resulta claro cuando el padre desaparece). Al orar, además, descubrimos la fundamental gratuidad de nuestra vida: el que pide, implícitamente reconoce que puede no recibir, lo que significa que todo lo que recibe es gratis. Ser dependiente significa que toda nuestra vida es pura gratuidad, una gratuidad que tiene su origen y su fundamento en el amor inalterable de Dios.

En suma: en la petición descubrimos nuestra realidad de criaturas -nos situamos ante la verdad de la vida-, y expresamos nuestro amor y confianza en el Creador amoroso: *«porque tu esposo es tu Hacedor» (Is 54,5).*

¿PEDIR A UN DIOS QUE YA SABE Y NO CAMBIA?

La oración no sólo nos ayuda a descubrir la verdad de nuestra vida y cómo situarnos ante Dios -como un niño que confía en su padre-, sino que también nos ayuda a comprender mejor quién es Dios.

Precisamente las dificultades que los teólogos y los grandes maestros espirituales han encontrado al reflexionar sobre la necesidad de la oración, no provenían de la vertiente antropológica, sino de la misma concepción de Dios. Tomás de Aquino resume muy bien estas dificultades:

«Cuando oramos no nos proponemos manifestar a Dios nuestras necesidades o deseos, porque lo conoce todo, como afirma el salmista: 'Oh Señor, bien ves todos mis deseos' (Sal 38,10), y San Mateo: 'bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis' (Mt 6,8). La voluntad divina tampoco se determina a querer, por las palabras del hombre, lo que antes no quería pues 'no es Dios como el hombre que miente, ni como el hijo del hombre que se muda' (Núm 23,19), 'ni está sometido a arrepentimiento' (1 Sam 15, 29)».⁵

Estas dificultades se han hecho clásicas y siguen citándose modernamente⁶. ¿Qué sentido tiene informar a Dios de lo que ya sabe? Y sobre todo, ¿resulta posible cambiar la voluntad de Dios, que se manifiesta precisamente a través de lo que acontece? Estas preguntas son deudoras de una determinada concepción de Dios, fundamentalmente de la idea griega que considera a Dios inmutable, popularizada a través de la teología clásica. Resulta posible, desde esta perspectiva, leer algunos textos bíblicos. Pero en la Escritura hay también textos que orientan en otra dirección. Los profetas insisten en que Yahveh sí se arrepiente de sus amenazas y se vuelve atrás de sus proyectos (Jer 18,7-11; 26,3; 42,10; Jon 3,10). Este arrepentimiento puede suscitarlo la plegaria del hombre, como en el caso de Moisés (Ex 32,11-14). La parábola de Jesús sobre la higuera estéril (Lc 13,6-9) supone que Dios puede alargar o acortar el tiempo en función de la petición del hombre. Se comprende entonces la exhortación a pedir

⁵TOMAS DE AQUINO, *Compendio de Teología*, 2ª parte, cap. 2º; cf. *Suma de Teología*, II-II, 83,2. Estas mismas objeciones se encuentran ya antes de Sto. Tomás, por ejemplo en ORIGENES, *De oratione*, V,6.

⁶«Con nuestras peticiones no pretendemos manifestar a Dios nuestras necesidades, ya que Dios -omnisciente- las conoce plenamente (cf. Mt 6, 7. 32); ni pretendemos mudar los divinos decretos, por ser Dios inmutable» (F. ROBERTI, *Diccionario de Teología Moral*, Edit. Litúrgica Española, Barcelona, 1960, 873). Más reciente y con otro talante: U. EIBACH, *Oración y concepciones de Dios*, en *Concilium*, 1990, 425-442.

porque así se nos dará, y se nos darán cosas buenas (*Mt* 7,7-11; *Lc* 11,9-13), pues los oídos del Señor escuchan la oración (*1P* 3,12), y así resulta posible confiarle todas nuestras preocupaciones, pues Él se interesa por nosotros (*1P* 5,7).

El contexto de *Mt* 6,8 (que Santo Tomás aduce como apoyo de su argumentación) no conduce a la conclusión de que no hay que orar porque Dios ya sabe lo que necesitamos, sino a que la charlatanería y el exceso de palabras no garantizan el ser mejor escuchados. Según *Mt* 6,7-9, que el Padre sepa lo que necesitamos no es argumento para no orar, sino para orar bien, para dirigirse a Él correctamente. El paradójico mensaje bíblico sería: aunque Dios sepa de nuestras necesidades, hay que pedir. Pues al pedir, Dios da. O sea, no se mantiene inmóvil, ya que es un Padre bueno que se siente afectado por el sufrimiento y las necesidades de los hombres (cf. *Os* 11,8; *Heb* 4,15).

Los textos escriturísticos y las conclusiones que de ellos se deducen -Dios sabe, pero hay que pedir; Dios da cuando se le pide-, estimulan la reflexión teológica. ¿De qué manera rechaza Tomás de Aquino la supuesta incompatibilidad entre oración de súplica y la omnisciencia e inmutabilidad divinas? Para Tomás no hay incompatibilidad porque la oración no produce efectos en Dios sino en el hombre y en lo pedido. Por una parte, Dios ha decidido hacer algo si se lo pedimos convenientemente, de modo que nuestra oración realiza el plan de la Providencia⁷. Por otra, la oración hace que el hombre considere sus deseos y nos familiariza con Dios, elevando nuestro espíritu a Él⁸. En la súplica de Jesús a su Padre en Getsemaní encontramos el caso eminente de una oración que pide según el plan de Dios y hace que el hombre reconsidere sus deseos. Allí el orante empieza diciendo:

⁷*Suma de Teología*, II-II, 83,2.

⁸*Compendio de Teología*, 2ª parte, cap. 2º.

«Padre, aparta de mí esta copa». Pero el curso de la oración le conduce a añadir: «Pero no se haga mi voluntad sino la tuya». Y entonces «se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba» (Lc 22, 42-43). La verdadera oración consiste no en pedir según nuestros deseos, sino en pedir conforme al designio de Dios (1 Jn 5,14).

Ahora bien, este pedir conforme al designio de Dios no puede entenderse como sumisión al destino y aceptación de lo irremediable. Precisamente el orante se dirige a un Dios poderoso y bueno y, con su oración, le expresa la incompatibilidad existente entre un Dios así concebido y la situación de sufrimiento en la que vive. En este sentido la oración es una protesta contra el mal, el sufrimiento y el destino. Es también confianza en Dios y esperanza en sus promesas⁹. Con todo, las dificultades de la teología clásica siguen en pie profundizadas incluso en la época moderna, en la medida en que el mundo se concibe funcionando según sus propias leyes, prescindiendo de cualquier intervención directa de Dios. La idea básica de la teología clásica de la inmutabilidad de Dios y la idea moderna de un mundo que funciona sin Dios, cuestionan la necesidad de la oración de súplica y nos obligan a reflexionar sobre la idea de Dios que presupone la oración de petición.

La primera consideración que cabe hacer es que el cristiano, en su oración, se dirige al Padre de nuestro Señor Jesucristo y al Padre de todos los hombres. Es un Padre bueno, que cuida de cada uno de nosotros con una ternura materna. El cristiano se relaciona con Él como un hijo confiado que en el fondo sabe que el padre no falla, aunque alguna vez no alcance a comprender del todo su respuesta: «no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abba, Padre!... Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo» (Rm 8,15.17). Nuestra relación con Dios no

⁹Cf. TOMAS DE AQUINO, *Compendio de Teología*, 2ª parte, cap. 3º.

es la de un esclavo. Pero tampoco es la de un hijo menor, pasivo y todavía dependiente. Es la de un hijo adulto, heredero, que sabe que lo importante es la relación interpersonal, el diálogo, la cercanía del padre Y no tanto lo que se le puede sacar al padre o el servicio concreto que éste puede prestar. Lo que importa es el amor y la confianza del que sabe «*que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman*» (Rm 8,28). Una relación adulta fundada en el amor no se mueve en el ámbito del interés, sino principalmente en el del deseo.

Desde esta consideración relacional y dialógica entre Dios y el hombre, la inmutabilidad de Dios debe entenderse fundamentalmente en el sentido de la firmeza inquebrantable de su fidelidad. El Dios del evangelio es un Dios fiel a su promesa de amor. Se relaciona realmente con el hombre. No permanece impassible ante sus súplicas y lamentaciones. Al contrario, se dirige al hombre y se hace presente en el sufrimiento. ¿De qué manera? Por medio de su Espíritu. El orante experimenta que Dios otorga su santo Espíritu (Lc 11,13; Rm 8,9.14-16; Sal 51,13), dándole con ello la certeza de que ninguna adversidad puede separarle del amor de Dios (Rm 8,35-39). Es posible que el contenido de la petición no se cumpla del todo, pero ello no es ya motivo para pensar que Dios no nos ama, o que está lejos, o que no se interesa por nosotros. Al contrario: con la experiencia del Espíritu ya no está el hombre solo frente a sí mismo, frente al mundo y sus potencias; se siente seguro, acogido por Dios. Ya no necesita buscar un sostén en sí mismo, o en el mundo, sino que se sabe realmente sostenido por Dios. Ya no intenta inútilmente infundirse valor, sino que puede dirigirse confiadamente a un tú. De esta manera la soledad queda rota y la angustia superada. El mundo ya no es un caos hostil, ni su persona vaga solitaria. Le acompaña una mano amiga, invisible, pero segura.

El orante, al pedir, cobra también conciencia de la libertad de Dios, pues al pedir implícitamente reconocemos que podríamos no recibir.

Esta libertad se corresponde con el hecho de que Dios es un misterio. Misterio de amor, pero misterio. Esto significa que no es manipulable. El hombre de nuestros días, marcado por la mentalidad científica y empirista, sólo entiende las presencias acaparables, manipulables. Pero lo dominable deja de ser "presente" para convertirse en "esclavo". Una auténtica presencia supone respetar la libertad del de enfrente y entonces puede ocurrir que el hombre ante Dios deba dejarse llevar «adonde él no quiere» (Jn 21,18). Hay un tipo de presencia muy real, pero que cuando quiere dominarse desaparece de nuestro lado. ¿No es ésta una de las lecciones del relato de los discípulos de Emaús? (cf. Lc 24,31-32). El respetar de verdad al de enfrente supone el no tener que fijar necesariamente su manera de estar y de responder a nuestras peticiones. La oración, por tanto, no puede concebirse según el esquema de la causa y el efecto, sino, como ya hemos indicado, según un esquema dialogal o relacional. En este sentido, una de las mayores perversiones de la oración (desgraciadamente bastante frecuente en círculos integristas) es el de la atribución de la eficacia a la mera recitación de la fórmula o al cumplimiento estricto del rito. La eficacia de la oración de petición depende totalmente de la benevolencia de Dios que, por ser padre, da cosas buenas a sus hijos (Mt 7,11). Tampoco las disposiciones para la oración que mencionan los evangelios deben entenderse como "condiciones" de su eficacia, sino como preparación del que pide para recibir.

¿PEDIR A DIOS BIENES MATERIALES?

Las consideraciones precedentes nos permiten situar mejor una pregunta que siempre surge y que de algún modo ha quedado flotando en nuestras anteriores reflexiones: ¿se pueden pedir a Dios cosas concretas, sobre todo materiales? ¿No significa esto mezclar a Dios en el orden de las causas segundas y ofrecer una imagen de Dios que quebranta el orden natural del mundo?

La clásica respuesta a esta pregunta notaba que los bienes espirituales (y ante todo la vida eterna) los debemos pedir los primeros; en cambio, «*los bienes temporales es lícito desearlos, no como lo principal, hasta el extremo de poner en ellos nuestro fin, sino a manera de ayudas para avanzar en el camino hacia la bienaventuranza*»¹⁰. También el *Catecismo de la Iglesia Católica* (nº 2632) se sitúa en esta línea, apoyándose en la Sagrada Escritura: «*La petición cristiana está centrada en el deseo y en la búsqueda del Reino que viene, conforme a las enseñanzas de Jesús (cf. Mt 6,10.33; Lc 11,2.13)*». Pero también añade (nº 2633) que «*toda necesidad puede convertirse en objeto de petición*», puesto que Cristo «*ha asumido todo para rescatar todo*».

Resulta interesante la afirmación de que Cristo ha asumido todo, pues nos recuerda la globalidad de la salvación cristiana. Si la oración nos remite a nuestra salvación, no debemos olvidar que la salvación comienza ya aquí y que debe entenderse de forma íntegra, abarcando todas las dimensiones de la persona. Considerar la petición de bienes materiales como forma inferior de oración, en contraste con la superioridad de la petición de bienes espirituales, puede ser debido no sólo a una reacción contra formas inadecuadas y utilitaristas de oración, sino también a una influencia dualista que subestima el plano de la creación y de las realidades humanas y relega la salvación al plano espiritual y al más allá¹¹.

Además, según la revelación bíblica, la creación no está terminada, sino que es un proceso continuo, en el que el hombre está llamado a intervenir mediante el cuidado y cultivo de la tierra y el dominio sobre lo creado (cf. *Gn 1,28*). Dios ha querido asociar al hombre al gobierno del mundo. Pero, junto a las múltiples posibilidades de

¹⁰TOMAS DE AQUINO, *Suma de Teología*, II-II, 83,6.

¹¹Cf. E. BIANCHI, *Objeciones actuales a la oración*, en *Concilium*, 1990, 414.

desarrollo, aparecen también las posibilidades del mal, en forma de explotación, opresión y muerte. La oración se coloca aquí no en concurrencia con la técnica, sino recordando que la técnica está al servicio del hombre y del designio de Dios y que no puede convertirse en instrumento de opresión, ni ser absolutizada hasta llegar a convertirse en un ídolo. El mundo que nos ha sido confiado debe recibirse cada día como un don, puesto además al servicio de todos los hombres. El hombre no puede considerarse como un propietario déspota, sino como un arrendador al que Dios ha encomendado el cuidado de la tierra y su distribución entre los más necesitados.

Pero aún cabe otra consideración a propósito de la petición a Dios de bienes concretos y materiales. Pues los bienes corporales y mundanos no sólo forman parte de la salvación integral, sino que también son una parábola, un signo, y una anticipación de la salvación definitiva. Cuando pedimos la curación de una enfermedad, o el agua necesaria para la subsistencia, en realidad estamos pidiendo un signo del reino de Dios en nuestra vida. Y cuando pedimos el Reino -que es paz, justicia, abundancia, alegría, amor-, aunque sea implícitamente, los deseos del hombre concuerdan con la voluntad de Dios (cf. *Mt 6,10*). Este reino que hay que pedir se anticipa ya en nuestra vida concreta e individual, aunque esta anticipación sea siempre provisional y fragmentaria. Para el hombre creyente, un acontecimiento favorable explicable naturalmente o inexplicable para él en aquel momento puede ser leído como un signo del reino, como una intervención de Dios en su vida y una respuesta a su oración¹². Al orar cobramos entonces conciencia de que es Dios quien nos da lo que el mundo natural y humano nos da. De este modo, los dones de Dios no rompen la cadena de lo natural ni entran en concurrencia con las causas segundas.

¹²La manera de cómo el Dios infinito puede intervenir y hacerse presente en lo finito, y cómo puede percibirse esta intervención, es secundaria pero importante, aunque es un tema importante de teología fundamental. Al respecto: F. SCHUBERT, *La Revelación, acontecimiento con sentido*, edit. S. Pio X, 1995, 117-118.

La petición de bienes materiales es una manifestación de la permanente insatisfacción del hombre y de su deseo del bien. La insatisfacción y el deseo siempre se concretizan en algo (la curación o el pan, por ejemplo). Cuando el hombre siente que Dios no responde de la forma que él esperaba, resulta posible pensar que, puesto que Dios quiere nuestro bien, nos niega lo pedido porque puede resultar nocivo o porque otras realidades nos serán más favorables¹³. Pero si las cosas resultan como uno las esperaba, no por eso queda tranquilo y satisfecho, pues la satisfacción de nuestros deseos nos vuelve a abrir al anhelo de algo mayor. El hombre es un ser permanentemente insatisfecho. Unamuno escribió que «*la satisfacción de todo anhelo no es más que semilla de un anhelo más grande y más imperioso*»¹⁴. Así la oración conduce a la oración y, en definitiva, toda petición sólo satisface su resorte profundo en la plenitud del Reino de Dios. El pan y el agua que cada día pedimos a Dios, al mismo tiempo que satisfacen nuestra necesidad corporal, manifiestan y despiertan nuestro deseo de un pan y un agua de vida eterna que sacien plenamente nuestro corazón (*Jn* 6,35.58; 4,14). Pues, en el fondo, todo deseo es un deseo de Dios¹⁵. Así se explica la reacción que suscita la recomendación de Jesús sobre una comida fraterna en la que los pobres tengan cabida. A uno de los comensales que le oyó, esta realidad, posible ya en la tierra, le sugiere y suscita otra realidad más plena, y por eso exclama: «*¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios*» (*Lc* 14,12-15).

La petición de bienes materiales concretos no sólo puede considerarse como un signo anticipador del Reino, sino como la expresión de una tendencia y de un deseo del Reino. La oración de petición es así siempre un pedir y desear el Reino de Dios.

¹³Cf. TOMAS DE AQUINO, *Suma contra los Gentiles*, libro 3, cap. 96.

¹⁴Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas*, Escélicer, Madrid, 1966, t.III, 885.

¹⁵Cf. TOMAS DE AQUINO, *Suma de Teología*, 1,6,1, ad 2: «*todos, en cuanto apetecen sus propias perfecciones, apetecen al mismo Dios*».

Sin duda toda petición centrada en uno mismo comporta siempre un peligro de egoísmo. El mejor antídoto contra este peligro, que prueba además la perfección de nuestra oración, es la presencia del prójimo en toda petición: *«debemos desear bienes no sólo para nosotros, sino también para los demás, pues esto pertenece a la esencia misma del amor debido al prójimo... Pero la oración más grata a Dios no es la que eleva al cielo la necesidad, sino la que la caridad fraterna nos recomienda.*¹⁶

ORACIÓN DE PETICIÓN Y ENCUENTRO CON DIOS

La oración de petición expresa mejor que otras formas de oración la relación dialogal entre Dios y el hombre¹⁷. El diálogo es la mejor forma de encuentro entre dos seres. En este sentido, y tal como nos recuerda Tomás de Aquino, *«la súplica (dirigida a Dios) produce familiaridad... En virtud de esto, la asiduidad o presencia de las peticiones que se hacen en la oración a Dios, lejos de importarle,*

¹⁶TOMAS DE AQUINO, Suma de Teología, II-II, 83,7.

¹⁷Las diferentes formas de oración (alabanza, meditación, contemplación, acción de gracias, petición) no pueden separarse del todo y comportan mutuas interferencias, aunque cada una expresa mejor un aspecto de la relación del hombre con Dios. Así la contemplación y la alabanza expresan mejor la conciencia de un misterio que nos sobrepasa, nos abarca y nos encuentra antes que nosotros le encontremos a él. La petición expresa mejor la alteridad personal entre Dios y el hombre y la posibilidad de relación entre ambos. En el budismo, por ejemplo, se hace difícil concebir este tipo de oración y, por tanto, el establecimiento de una relación personal con esa realidad superior a la que el budista aspira, pues no se deja pensar en términos de alteridad personal para el hombre y, por tanto, *«la relación que supone una oración de petición en sentido estricto se hace imposible. De ahí que la forma propiamente budista de oración sea la meditación como progresivo camino hacia la iluminación-extinción en el absoluto»* (J. MARTIN VELASCO, *Petición y acción de gracias en las religiones*, en *Concilium*, 1990, 365). Es interesante la comparación entre la espiritualidad budista y la cristiana que JUAN PABLO II hace en *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza y Janés, Barcelona, 1994, 99-104.

*le agradan».*¹⁸

Podemos, por tanto, formular una difícil cuestión: ¿es la oración una relación yo-tú entre Dios y el hombre? No hay que olvidar que todo encuentro con Dios es siempre de naturaleza sacramental, lo que significa que siempre está sujeto a una mediación. No podemos concebir el encuentro interpersonal con Dios según el modelo de dos personas que, en su individualidad limitada, se encuentran como criaturas finitas. Pues Dios no está sujeto a ninguna limitación. En virtud de su no limitación, Dios puede hacerse presente directamente en el mundo, en la historia, en el hombre. Pero cuando el hombre quiere alcanzar a Dios sólo lo encuentra "mediante" lo creado o "mediante" el prójimo. El hombre se encuentra con Dios a través de las realidades creadas y aunque en ellas está presente directamente Dios, lo que el hombre encuentra directamente es lo creado. El rey del juicio escatológico dice a los que se encontraron con el prójimo necesitado: «*a mí me lo hicisteis*» (Mt 25,40), y no: estaba contento porque hacíais mi voluntad. Sí, «*a mí me lo hicisteis*» significa que «yo estaba allí», directamente, y allí se me podía encontrar, aunque el hombre sólo se encontraba directamente con el hambriento, el sediento o el desnudo. Y, sin embargo, "mediante" el hambriento o el desnudo se encontraba directamente con Dios.

¿Esta mediación inevitable de todo encuentro con Dios se supera en el caso de la oración, en la que aparentemente no hay ningún intermediario en la relación Dios-hombre? Uno de los mejores teólogos contemporáneos se expresa así: «*considero que la oración explícita es el intento con que el hombre busca captar esta dimensión de inmediatez, un intento hacia el que tiende la vida cotidiana del*

¹⁸*Compendio de Teología*, 2ª parte, cap. 2º. Poco antes Sto. Tomás escribe: «*Para rogar a un hombre es necesaria cierta familiaridad previa, en virtud de la cual se acepta la manifestación del ruego; pero, por el contrario, cuando la oración se dirige a Dios, la misma oración nos familiariza con Dios, elevando nuestro espíritu a Él; es una conversación afectuosa con Dios*».

creyente, ya que éste es consciente de la cercanía real (aunque mediata) de Dios. Pero el intento falla siempre, porque esa cercanía, por ser divina y absoluta, es tan íntima como inapresable»¹⁹. La oración, por tanto, es el intento de trascender los componentes que mediatizan todo encuentro con Dios, a fin de situarse sin intermediarios en la proximidad inmediata de Dios. Pero esta tentativa no se realiza nunca del todo, en razón de la absoluta distancia que hay entre Dios y el hombre, aunque a pesar de tal distancia Dios pueda acercarse totalmente al hombre. Dios es trascendente e inmanente al mismo tiempo. De modo que a la pregunta sobre si la oración es una relación yo-tú entre Dios y el hombre hay que responder con una paradoja: sí y no. La relación recíproca entre Dios y el hombre queda fuera de nuestras categorías humanas de intersubjetividad, pero no en virtud de un "menos", sino de un "más". Orar, visto desde el hombre, es explícitamente una búsqueda de Dios, aunque esta búsqueda es la mediación de un encuentro.

La oración de petición es explícitamente un dirigirse el hombre a Dios para exponerle sus necesidades y sus anhelos, en la confianza que da la fe de que Dios le escucha atentamente. Pero esta exposición es la mediación de un diálogo en el que Dios responde en nuestra misma petición. Esta respuesta siempre se percibe en la oscuridad de la fe. La respuesta de Dios está ya en nuestra plegaria misma, que transforma nuestro corazón. Por este motivo San Pablo afirmaba que nadie puede dirigirse al Padre sin que esto sea el signo de la presencia del Espíritu en él (*Rm* 8,15-16; cf. *1 Co* 12,3). Así, el tiempo que separa la Ascensión del retorno final de Cristo es por excelencia el tiempo de la oración, en el que los cristianos tienen la responsabilidad, por medio de la oración (aunque no sólo), de hacer presente a Dios en su vida y en el mundo.

¹⁹E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos*, Cristiandad, Madrid, 1982, 799. Cf. del mismo autor, *L'histoire des hommes, récit de Dieu*, Du Cerf, Paris, 1992, 120-121.

Un texto antiguo, escrito por Djalâi-ud-Dîn Rumî²⁰ poeta y místico musulmán, que vivió desde el 1207 al 1273, refleja bien dónde y cuándo responde Dios a nuestras llamadas, aunque también responda de muchas otras maneras y en muchos otros lugares:

«Una noche, un hombre gritaba: "Allah", hasta que sus labios se volvieron dulces por Su alabanza.

El demonio le dijo: "Oh hombre de muchas palabras. ¿dónde está la respuesta 'Heme aquí' a todos estos 'Allah'? Ninguna respuesta viene del Trono Divino. ¿Cuánto tiempo repetirás 'Allah' con un aire sombrío?"

Estas palabras rompieron el corazón del hombre. Se acostó para dormir, y vio en sueños a Khadir (=símbolo del Maestro espiritual), que le dijo: "Escucha; has cesado de alabar a Dios: ¿por qué te arrepientes de llamarle?"

Respondió: "Ningún 'heme aquí' me llega como respuesta. Temo que me ha rechazado".

Khadir replicó: "No; Dios dice: Tu 'Allah' es mi 'Heme aquí' y esta súplica, este dolor, este fervor tuyo es Mi mensajero hacia ti.

Tu temor y tu amor son el lazo para alcanzar Mi gracia:

Bajo cada '¡Oh Señor!' tuyo hay múltiples 'Heme aquí míos'".»

²⁰L'*esprit dit: "viens!"* (Introduction et présentation des textes par Robert Cabié et Jean-Pierre Bagot), Du Cerf et Droguet et Ardant, 1975, 104-105. La traducción del francés es mía.